

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1950 - Núms. 43-44



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

212

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **612**

REVISTA
HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA
Y ARQUEOLÓGICA
ARCHIVO HISPÁNICO



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1950



Tomo XIII
N.ºs 43-44

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1950

SEPTIEMBRE - OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

Núm. 43-44

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excm. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

Juan de Mata Carriazo.— <i>La política de los Reyes Católicos explicada al Príncipe Don Carlos</i>	129
Francisco Sánchez-Castañer.— <i>Discurso de la verdad sobre Sevilla</i>	163
Francisco Collantes de Terán.— <i>La Torre y la Puerta de Macarena</i> ...	199
Marqués de San José de Serra.— <i>Los cuadros del Monasterio de las Cuevas. Fecha en que los pintó Zurbarán</i>	209
Vicente Romero Muñoz.— <i>Estudio del bibliófilo sevillano Nicolás Antonio (Conclusión)</i>	215

MISCELANEA

Sópranis.— <i>El escultor sevillano Julián Ximénez</i>	247
Manuel Enrique Torres Clavijo.— <i>Octavario poético a la Inmaculada Concepción de María</i>	253
Luis J. Pedregal.— <i>La devoción asuncionista en Sevilla. Aportación para su historia</i>	263
Pedro de San Ginés.— <i>San Juan de Dios y Sevilla</i>	271
LIBROS	273
CRÍTICA DE ARTE.— <i>Música</i> , por Norberto Almandoz.....	283
CRÓNICA.— <i>Mayo y junio, 1945</i> , por el Cronista Oficial de la Provincia	289

ARTÍCULOS ORIGINALES

ARKHIVS ORIGINALS



DISCURSO DE LA VERDAD SOBRE SEVILLA

POR

FRANCISCO SÁNCHEZ-CASTAÑER

HE preparado para la impresión el **Discurso de la Verdad sobre Sevilla** —que pronuncié como Mantenedor de los Juegos Florales dedicados a dicha Ciudad por su Ateneo en la primavera de 1949—, valiéndome de las notas taquigráficas que lo recogieron.

Prefiero conservar su tono oratorio para que sirva de más fiel exponente del momento en que fué pronunciado. Separo, no obstante, con diferentes caracteres tipográficos, la introducción y el epílogo, como más típicamente líricas, de la parte central y fundamental del discurso.

Sólo me he permitido introducir ligeras adiciones con algunos ejemplos o citas que por falta de tiempo hube de suprimir entonces. Igualmente incluyo ahora las notas o referencias bibliográficas sucintamente necesarias y con la parquedad y limitación propias de la finalidad de este texto escrito.

Mi presente estudio es sólo mínima porción del que, en gran parte, tengo ya preparado y que desearía publicar algún día tratando de explicar el fenómeno racial y desazonador de «lo andaluz» y dentro de él de «lo sevillano». Hubiera preferido dejar aún inéditas estas notas, que hoy aparecen, pero mi gran afecto al Ateneo de Sevilla, que me las pidió, me obliga a desgajar de una ambiciosa y futura totalidad estas incompletas primicias. Júzguense como tales y prevéase lo que será.

DEDICATORIA:

*A María Antonia Carranza,
Reina de estos Juegos Florales,
presto a mantener siempre la
eterna realceza de su femineidad.*

*Augusta y Real Majestad;
Ilustre Corte de Amor de la Reina de la Poesía Sevillana;
Honorable Consistorio de Autoridades y Ateneístas;
Sevillanos:*

Léese en el libro máximo de España que a poco de dejar mi señor Don Quijote la casa de los Duques encontró en delicioso bosque, con gran sorpresa suya, una a modo de ideal Arcadia donde hermosísimas zagalas entretenían sus honestos ocios con el cultivo de la poesía y de la sana vida natural.

Deslumbrado por sus bellezas el noble caballero y sufrido hidalgo y enterado de sus poéticas intenciones, tomó su lanza, embrazó su escudo y puesto "en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba"... hirió el aire con semejantes palabras: —"¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de a pie y de a caballo que por este camino pasáis o habeis de pasar...! Sabed que Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que a todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que [aquí] se encierran..." Y cuando la Fatalidad, en forma de manada de toros bravos, echó por tierra la gallarda actitud del Caballero de la Triste Figura, todavía tuvo alientos éste para "tropezando aquí y cayendo allí" gritar a grandes voces: —"¡Deteneos y esperad, canalla malandrina; que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata!"

Con igual ardor y razón quisiera yo, modesto Mantenedor en esta tribuna tan excelsamente ocupada siempre, mantener frente a todo y todos, que en el mundo no hay belleza superior ni cortesía más extremada, que la de esta augusta Señora y serenísima Corte suya; y no sólo por la deslumbrante hermosura propia de cada una de ellas, sino porque re-

presentan y son índice elocuente de la belleza sevillana, que es no sólo la de las mujeres de esta tierra tan pródiga en beldades, sino la propia de Sevilla-ciudad, dama primera entre las mejores, reina, princesa y señora de todas las ciudades del mundo y por tanto sublime emperatriz graciosa y única del Universo todo.

Pero en misión de Mantenedor, al mantener no por capricho, sino por razón cuanto acabo de proponer, habré de utilizar argumentos y motivos que demuestren esta evidente verdad, permítaseme la paradoja: la incontenible belleza y singularidad de Sevilla.

No podría excelsa Majestad, explanar mis razonamientos, de no recibir previamente vuestra real venia.

Por inexcusables designios de la Providencia, por la gracia de Dios, como rezaban las leyendas reales, más que por falible elección humana, habéis sido elevada a ese poético trono donde tantas ilustres Reinas, gloriosas antepasadas vuestras, reinaron dulcemente sobre el corazón de los poetas sevillanos, que por tener ambos títulos venían a ser aquellos hombres de buena voluntad a los que los ángeles del cielo prometieron la paz. Paz que la humanidad busca ansiosa hoy por caminos torcidos y errados, pues no son los de la poesía.

Vos y nosotros, no. Todos los aquí presentes creemos en la poesía y por eso nos inclinamos con reverencia ante vuestra hermosura y bondad, ante vuestra gracia. Creemos, también, vuestro pacífico imperio como símbolo del que quisiéramos abrazase dulcemente a todos los humanos sin distinción de clases, condiciones o raza.

¡Por eso nuestro quehacer actual es de paz y amor; hablar a los corazones!

Los torneos, justas o combates a que nos aplicamos, y éste es uno bien singular, son de ingenio y sus carteles de desafío, rimas, versos y canciones. Los vencedores son pacíficos poetas que sustituyen la lanza por la pluma y no tienen más empresa que la de merecer de Vos, celestial señora, el que os desprendáis de una sola de las sonrisas que del inexhausto vergel de vuestra florida vida, se desgajan suavemente para premiar.

Permite, pues, al último de tus vasallos, enardecido en tu honor como el que más, que defienda los derechos de vuestro reinado, que confunda a los que, como cantó el inmortal Rubén Darío en sus Letanías quijotescas:

«.....sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios»,

se afanan exclusivamente en negocios temporales, creyendo que la mejor vida está sólo en la materia. Pobre y misérrima condición la de esta vida si así fuese, ya que entre mentiras, dolos y chantajes conducirían

al mundo a la miseria y a la ruina. ¡Que la virtud que de ti dimana los confunda probando la nobleza y preeminencia de nuestro sano quehacer poético, muy superior a sus pérfidos manejos!

Más para mantener tantas cosas en vuestro honor, permitidme, aunque aparezca como desacato, que os vuelva las espaldas, para que la luz de vuestra hermosura no termine deslumbrándome. Permitidme que mire hacia el público que os aclama por reina y señora, donde si existen también estrellas y flores entre tantas sevillanas como me escuchan, al menos, estando más distante de ellas que Vos de mí en esta tribuna, tardarán más tiempo en marearme y en que mi pobre y fea palabra tenga que enmudecer ante tanta belleza.

Singularidad de Sevilla.

Hora es ya de penetrar en el que propongo como tema de este discurso, que reducido a enunciado lo designaríamos con el de: *Singularidad de Sevilla*.

Dos aclaraciones antes de continuar: 1.º Al hablar de Sevilla, aunque con preferencia me referiré a la Ciudad propiamente dicha, algunas de mis afirmaciones tienen que ver también, en aplicación más amplia, con el fenómeno de Andalucía en general, de la que Sevilla es su indudable y más certera personificación; no sólo por ser su metrópoli más importante, sino por encerrar todas las cualidades que distinguen a sus demás hermanas andaluzas, y en más alto grado a veces, e incluso características nuevas que sólo a ella atañen. 2.º No trato, guiado de un patriotismo trasnochado, de exaltar hiperbólicamente la belleza de Sevilla anteponiéndola a la de cualquier parte del mundo. No; todas las comparaciones son odiosas. Para mí, sevillano, mi ciudad podría agradarme más que ninguna, pero esto como todo lo que reside en el gusto personal, sería siempre discutible y pertenece por tanto al terreno de las convicciones íntimas, pero no de las afirmaciones públicas. No, lo que digo y mantengo, es mucho más serio. Es la *singularidad* de Sevilla, que podrá quizá no hacerla la mejor entre muchas, más sí la *única* entre todas.

Por eso lo que acabo de proponer podrían afirmarlo (y lo reconocen muchas veces) aún quienes no sean sevillanos.

Yo, que hace ya trece años no vivo con el cuerpo en Sevilla, aunque sí con el alma, he sido testigo numerosísimas veces de dicha gran verdad. La he recogido de labios de intelectuales de todos los países, tantas cuantas veces he explicado Literatura Española a alumnos extranjeros, o he convivido con profesores no españoles. Para ellos, fuera cual fuese su nacionalidad (tengo ejemplos de europeos, o americanos, e incluso asiáticos como algunos simpáticos japoneses que traté), la personificación de España era Andalucía y en ésta, Sevilla. Lo «flamenco»,

identificado con mayor o menor justicia con lo nuestro, gusta por doquier y atrae y subyuga como lo más típico y ancestral.

¿Y cómo nos han de extrañar tales posiciones, si hasta en la misma España sucede lo propio? Recuerdo cuando uno de los pasados veranos, me perdía yo en la parte septentrional de la provincia de Gerona, que en un rincón oculto y delicioso, fronterizo casi con el país vecino, en Ripoll, donde todo lo que me rodeaba me hablaba de otra región y diversa cultura, y con indiscutible «solera» (piénsese en el gran papel del monasterio ripollense durante los momentos heroicos del Condado catalán); cuando hasta la lengua única que allí se empleaba me apartaba de nuestro ceceante andaluz, tanto como las rítmicas e hieráticas, aunque deliciosas sardanas, de nuestras convulsivas y gráciles seguidillas, cuando me encontraba cerca de los Pirineos, vi con asombro al pasear por unas calles de dicha villa, que ardía entonces en las fiestas patronales, cómo sobre el nombre auténtico de una plaza, adornada con farolillos y banderas de verbenas, se había colocado un rótulo que rezaba, «Plaza de la Macarena»; y al seguir paseando por entre retorcidas calles medievales, donde resonaban cercanas músicas de charanga, leer con emoción —que arrasó mis pupilas y estremeció mi cuerpo recorriendo todo mi ser un escalofrío indescriptible—, y aplicado a aquel dédalo de tristes y estrechas callejas:

«El barrio de Santa Cruz
que es lo mejor de Sevilla.
Un rinconcito andaluz
y un patio de maravilla.
Viva Sevilla. ¡Olé!»

El patio de maravilla no se veía por ninguna parte, pero ante tan simpática y desinteresada evocación me parecía que el cielo norteño de aquellas alturas se hacía más denso y caliente, se «amorenaba» un tanto, como esta delicia del nuestro en esos días de la Feria, cuando el sol primaveral comparte el escabel de sus irradiaciones con el redondel de nuestra singular Plaza de la Maestranza, hecha ascua viva entre reflejos solares, brillo de los alamares toreros y refulgir de ojos penetrantes y soñadores graciosamente apostados tras de blondas, peinetas y flores.

Esa universal *universalidad* de lo nuestro constituye el verdadero «embrujo de Sevilla», y el que se trate de explicar por los «duendes» de esta tierra.

Los hermanos Alvarez Quintero, en ocasión semejante, al actuar de Mantenedores en los Juegos Florales de Sevilla, organizados por el Ateneo el año 1910, se preguntaban: «¿Qué hay en ti, Sevilla, que te hace singular en el mundo? ¿Qué hay en ti, que quien no te vió nunca te desea, y enamoras a quien te vé, y quien te vé y te deja sueña en volver a



*Maria del Rosario Cayetana Fitz-James Stuart y Silva,
Duquesa de Montoro, Marquesa de San Vicente del Barco.*

Reina de los Juegos Florales de Sevilla, en 1945.

verte?... ¿Qué secreto encanto tienen tus mujeres, tu cielo, tus flores, y tus campos?» (1).

Tales preguntas no eran nuevas, habían sido ya hechas en la remota Edad Media, a raíz de la conquista de la propia ciudad, y por boca del hijo del conquistador. Escribía Alfonso X el Sabio: «Nobleza ovo otrosí muy grande siempre el regno de Sevilla, et non tan solamente los que en él moraban, más todos los otros que dél oyeron hablar lo tovieron por el más noble del mundo. Así, que muchos dexaron sus tierras donde eran naturales, et vinieron a verla, et morar en ella una gran sazón» (2).

Acuciante incógnita que se mantiene, pues, interrogando desde los primeros tiempos de la historia cristiana de Sevilla hasta nuestros días.

Para acercarnos a resolverla, bueno será que nos fijemos en un período histórico causante, es cierto, de muchas deformaciones actuales de Sevilla —ya lo advertía un paisano nuestro en su bello *Discurso de la mentira*—, pero que no obstante es el punto de partida de esa difusión de lo sevillano. Entiéndase bien no de Sevilla y sus excelencias, que la literatura de todos los tiempos la cantó y enalteció,

«Roma triunfante en ánimo y nobleza»

la llamó el Príncipe de los Ingenios Españoles y baste por tanto de único ejemplo, sino de *lo sevillano*. Es decir, no lo exterior de la apacibilidad de su cielo, lindeza de sus jardines y callejas o riquezas de sus insignes monumentos, sino lo íntimo, lo que brota con y sin ella y nos singulariza y define, Sevilla a secas; sin ningún aditamento, con su sola fuerza y sin apelativos. Como intuyó magistralmente Manuel Machado en su dirámbico *Cántico a Andalucía* (3):

«Cádiz, salada claridad, Granada,
agua oculta que llora.
Romana y mora, Córdoba callada.
Málaga, cantaora.
Almería, dorada.
Plateado, Jaén. Huelva la orilla
de las tres carabelas.

Y Sevilla».

(1) Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, *Discurso de los Juegos Florales de 1910 en Sevilla*. En nuestros días coincide con tales expresiones el poeta catalán Juan Alsamora en su *Romance a Sevilla*:

«¿Qué tiene tu gracia mora;
ay, Sevilla, sevillana!»

(2) Estas entusiastas palabras del cronista real Alfonso X el Sabio fueron utilizadas por el gran Menéndez Pelayo, en un discurso, también ensalzatorio de Sevilla, pronunciado en nuestra ciudad el año 1892, con el título de *El siglo XIII y San Fernando*, recientemente publicado en *Obras completas* del polígrafo santanderino.

(3) Manuel Machado, *Phoenix*.

Ahí queda eso. Sevilla no necesita del acompañamiento de adjetivaciones más o menos felices. Se basta ella sola para singularizarse.

El Romanticismo y Sevilla.

El período histórico a que antes me referí, que airea y propaga, y adultera, también, por hacer exclusivo algo integrador de lo andaluz y por ende de lo sevillano, es el Romanticismo.

«La literatura del siglo XIX», que así definió al Romanticismo uno de sus principales modeladores, Víctor Hugo, advierte el hondo sentido de lirismo, por lo misterioso, que hay en todo lo exótico, que, por desconocido puede ser pábulo a las interpretaciones subjetivas más libres. Libertad que era uno de los principales postulados del movimiento romántico en todos los órdenes.

«El Romanticismo comienza a huir del salón (recuérdese el siglo XVIII) para ir hacia la Naturaleza. Sólo que la realidad de la Naturaleza es más desagradable que la Naturaleza de la fantasía. Los románticos, pues, envían a algunos comisionados para que vayan en busca del paisaje y se lo traigan bien barnizado a su salón. A través del pintor, lo bello del paisaje es, categóricamente, lo *pintoresco*» (4).

Y así, oscilando entre realidad y fantasía, lo exótico se impone. Turquía revela sus secretos a Gluck y a Mozart. China y Japón se transparentan en el *Turandot* de Weber. La Arabia de Alí Babá y sus cuarenta ladrones en las melodías de Cherubini.

Andalucía ofrece desde el primer momento una codiciadísima presa para los delectadores de platos orientales. La permanencia mayor de árabes en ella, su proximidad al África que se unía territorialmente con Asia, sus singulares costumbres, cadenciosos y ancestrales bailes y cantares, su misma distribución urbana, hicieron del Sur de nuestra Península pieza fundamental para aquellas mentes románticas y extranjeras que soñaban con el más allá ignoto y esquivo. Bastaba darse un paseo por Sevilla para notar algo distinto de lo que Europa ofrecía. Y a España vienen Víctor Hugo y su hermano Abel, que le traduce parte de nuestro delicioso Romancero. A Lord Byron le atrae más que ninguna población española Sevilla, y nuestro Burlador Don Juan, aunque no lo comprende. Ya en 1832 (el *Hernani* de Hugo y la *Sinfonía fantástica*, de Berlióz, puntos básicos del Romanticismo, son de 1830, el mismo año en que Fernando VII funda en Sevilla una Escuela de tauromaquia a instancias del Conde de la Estrella y siendo Intendente de la Ciudad don José María Arjona), Delacroix visita Sevilla donde le parece que contempla la vida de Marruecos, y donde oye música popular y ve bailar y asiste a los toros

(4) Adolfo Salazar. *El siglo romántico*.

con Pedro Romero y embarca en el Guadalquivir. Teófilo Gautier publica sus *Poesías* sobre España (que acaba de visitar), el mismo año en que nada menos que un miembro de la Academia de Francia, Próspero Mérimée da a la imprenta su *Carmen*. Alfredo Musset inspira a Delibes su famoso bolero español, primer paso para la ópera de Bizet. Borrow luego, con su amor a los gitanos; y Dumas y George Sand, y para cifra de tantos como son legión, Wáshington Irving, que entre sus deliciosas y más exactas leyendas (5) coloca la del Príncipe Ahmed Al Kamel o el Peregrino de Amor, cuya ruta encuentra después de consultar el espíritu de nuestra inmortal Giralda, la cual le habla por medio de aquel provecto y sagaz cuervo, que en su cuerpo de campanas bebía la ciencia del lenguaje de los bronceos en su conjunción con el de los astros. ¡He ahí, pues, como compendio y cifra —y en 1832—, aparecer ya la Giralda clavada cual índice orientador en las rutas del Amor y de la Poesía! Por cierto que hacia fines del XIX, otro escritor habla con igual sentido legendario de la Giralda, desde la que le describe la Ciudad un diablillo bueno llamado «El Bachiller de Sevilla» o «El Diablo de la Giralda» (6).

Es verdad que ese Romanticismo desvirtuó por diferencia de sensibilidad muchos de nuestros valores, pero no es menos cierto, que a él le debemos un nuevo modo de contemplar a Sevilla y a lo andaluz: con resortes de singularidad —lo que aquí se veía no se encontraba en ninguna parte— y por tanto de éxito. Los románticos, además, ahondaron en nuestra unión con el Oriente que puede ser una de las causas del «embrujo» sevillano.

A nosotros nos toca rectificar posiciones erradas y ampliar las deficientes. Decir a los demás el secreto del gusto por lo nuestro. Más esto ha de hacerse con doctrinas, no con estampas folklóricas representadas a veces por «andaluces» de Tarrasa o Pontevedra que aumentan el panderetismo. Pero tampoco con ligeras descripciones de lo parcial de Sevilla (calles, jardines, costumbres), sino con teorías estructuradas científicamente, como afirma el autor de la *Teoría de Andalucía*.

Intentémoslo. Basta, pues, ya de «darse como espectáculo a los extraños, hasta el punto de que en una ciudad tan importante como Sevilla, tiene el viajero la sospecha de que los vecinos han aceptado el papel de comparsas y colaboran en la representación de un magnífico *ballet* anunciado en los carteles con el título «Sevilla». Basta de «narcisismo colectivo» (7).

Sigamos para encontrar el porqué, la razón de ser de ese hechizo de Sevilla, la pista que un tanto inconsciente y alegremente nos han mostrado los «turistas» románticos del decimonono siglo.

(5) Wáshington Irving, *Leyendas de la Alhambra*.

(6) El escritor referido es A. García Tejero en *El cancionero de Sevilla*. (Colección de artículos, leyendas y poesías en que se describen sus antigüedades, monumentos, historias y costumbres). Madrid, 1871.

(7) José Ortega Gasset, *Teoría de Andalucía*.

Ellos buscaban aquí el Oriente. Luego existían semejanzas. Pero ese orientalismo, fuese el arábigo puro o el marroquí o el judaico, dejaba un regusto muy superior al producido por su simple exotismo. Oriente moro había también en otras regiones de España (recientemente Américo Castro en su interesantísima obra *España en su historia* prueba lo que debe toda ésta al Islam), y, sin embargo, no interesaba tanto. Arabismo hubo también en Sicilia y no producía idéntica nostalgia.

Lo que los románticos no supieron ver es que nuestro orientalismo era un orientalismo *sui generis*. Era un Oriente en fusión íntima, en maridaje perfecto con otra civilización, mucho más antigua, que acrecentaba, con sus valores propios, los que de fuera le llegaban. Más esa maravillosa asimilación y reabsorción dejaba siempre a flote los valores utilizados, los ingredientes mezclados. Diríamos que era a modo de exquisito «coktail» de frutas, donde si éstas se funden y trasmutan en el líquido común sobrenadan a su vez y se manifiestan tal y cual fueron primariamente, sobre la superficie. ¡Ese fué el gran milagro de Andalucía! La gracia er cambio, sírvanos de término de comparación, no ha sabido hacer lo propio y nadie sabrá distinguir ya lo helénico en los actuales griegos tan europeos como los demás.

Pero el milagro fué más amplio. En Andalucía y principalmente en Sevilla, perduran las huellas de muchas otras civilizaciones, no sólo en cuanto a restos de pura arqueología, piezas de museo más o menos beneméritas, sino con vivacidad y latencia animada. Sólo así podrán explicarse manifestaciones sociales de lo sevillano a las que después me referiré.

La tierra.

¿Y quién pudo producir tal milagro? La tierra andaluza fué su artífice. El solar racial —cópula sublime de sol y singulares elementos terrestres— produjo la solera que embriagaba a cuantos la gustaban. Parece como si nuestro pueblo estuviese seguro del secreto sortilegio de su tierra cuando canta:

«Del polvo de la tierra
saco yo coplas;
cuando se acaba una
ya tengo otra».

Ya el gran José María Izquierdo lo vió con precisión, aunque no sácara las conclusiones que propongo. Luego Ortega y Gasset abundó y corroboró en lo mismo. Decía aquél: «Andalucía es el solar de una raza soleada de una *razada solar*. Razas diversas se hermanaron en nuestro suelo, al ser adoptadas por el padre sol. Un gran sedimento semítico hay

en el fondo de las gentes andaluzas; pero la fuerza pasional de los semitas fué serenada y contrastada con la energía inteligente que en nuestros antepasados infundieron algunos pueblos arios».

«No olvidemos que en Andalucía hay un crisol, un fundente para las razas más eficaz que la historia, y es la tierra... En rigor no debe hablarse de asimilación de ajenos elementos culturales, sino del andaluzamiento que padecen los extranjeros al dejarse penetrar de los encantos imponderables de esta tierra» (8).

Ortega escribe... «...Andalucía ha caído en poder de todos los violentos mediterráneos, y siempre en veinticuatro horas, por decirlo así, sin ensayar siquiera la resistencia. Su táctica fué ceder y ser blanda. De este modo acabó siempre por embriagar con su delicia al áspero ímpetu del invasor» (9).

Esta tierra bética —«tierra deleitosa»—, esta tierra «llena de gracia», quizá más por eso denominada «tierra de María Santísima», que por ser índice definidor de devociones marianas, esta tierra de Andalucía, de la que es su más preciado florón Sevilla, balanceándose entre dos extremosidades, la de la esteparia rigurosidad de la meseta ibérica y la de los tórridos desiertos africanos, con un sentido de equilibrio y armonía, por tanto, de mesura, de gracia, era el acicate para una soñada posesión y fué sobre todo el lugar apropiado para olvidar nostalgias de patrias abandonadas al sustituirlas, ventajosamente, con una nueva, la más adecuada al sentido cosmopolítico y ecuménico del hombre aventurero. Su enclavamiento maravilloso entre dos mares, el «nostrum» y el «ignotum» aumentaba sus posibilidades; por lo que no nos extraña que aquí se buscasen los Campos Elíseos donde los dioses habitaban o el Jardín de las Hespérides con sus dorados frutos dignos de rivalizar con los del árbol de la ciencia y el árbol de la inmortalidad del originario Paraíso.

Reciprocidad cultural.

Más entiéndase que la apacibilidad del lugar, la riqueza y placentaría de la tierra no valdrían para nada, si sus habitantes con un despierto sentido de hospitalidad, de hondas raíces naturales —eco de la fecundidad de la tierra— no hubieran sabido aprovecharse, doblegándose fácilmente a las invasiones culturales, para obtener en beneficio de un tipo universal —el andaluz— cuanto de bueno había en ellas. El fenómeno es más curioso y singular ya que otras regiones del mundo, que no son del caso nombrar por estar en la mente de todos, con un sentido menos amplio y hu-

(8) José María Izquierdo, *Divagando por la Ciudad de la Gracia*.

(9) José Ortega Gasset, *Teoría de Andalucía*.



*Angela María Téllez-Girón y Duque de Estrada,
Duquesa de Osuna y de Gandía.*

Reina de los Juegos Florales de Sevilla, en 1946.

mano, se aferraron a posiciones excesivamente nacionalistas (empleemos esta palabra no totalmente adecuada, pero de más fácil comprensión), desperdiciando los regueros inagotables de nuevos cauces que de fuera le llegaban, sin sacar el fruto de sus tierras de privilegio —como la andaluza— que resultaron estériles por falta de comprensión en los que la labraban.

Una de las pruebas evidentes de esa gran fusión de culturas que en el gran crisol de Andalucía se opera, y que no es mero tópico de propaganda regionalista, está en que los pueblos que nos visitaban adoptaron dentro de su privativo concepto cultural matices y características plenamente andaluzas.

En época de Roma, piénsese, que, a pesar de la superior cultura latina a cuyo contacto tanto debemos de serenidad juiciosa y justa comprensión de las cosas, por el contacto invasional, lo nuestro se impuso dentro del ámbito romano con características propias. Y no sólo porque Sevilla diese al Lacio dos ínclitos emperadores —Trajano y Teodosio—, sino porque un nuevo sentido cultural, mitad latino y mitad andaluz, informa esa literatura clásica barroquizada, de sus últimos tiempos que por no ser la específica de Roma, o sea, la de oro, recibe el nombre de la de plata, gracias a los esfuerzos de los cordobeses Séneca y Lucano.

En el momento oriental de Andalucía la asimilación de doble signo es tan perfecta que fijándonos como ejemplo en la poesía de la época, si los árabes nos impusieron el tipo beduino de la *qasida*, brillante modelo de poema que trastornó las mentes y sensibilidades de los sevillanos durante el romántico reinado de Aub-'l Casim Mohamed ben-Abad Mutamid, nosotros le obligamos a adoptar el chispeante *zéjel*, invención andaluza. Ellos nos enseñaron a cantar—como no, si ya eran andaluces—a las flores:

• «Bebe el vino junto a la fragante azucena que ha florecido, y forma de mañana tu tertulia cuando se abre la rosa»... (10);

a los jardines sevillanos cercanos al río:

«El jardín es como una bella, vestida con la túnica de sus flores y adornada con el collar de perlas del rocío...

El jardín, donde el río parece una mano blanca extendida sobre una túnica verde»... (11);

al Guadalquivir:

(10) De La azucena y la rosa. Abu Bakr Muhammad Ben Al-Qutiyya, cortesano sevillano. (Trad. G. Gómez).

(11) Elogio de Mutadid de Sevilla. Ben Ammar. (Trad. G. Gómez).

«Los olmos que descuellan sobre los jardines que rodean al río son como lanzas llenas de banderolas de seda.

No es maravilla que se hayan alzado estas tropas contra el río, puesto que le vieron revestido para el combate con la cota de mallas que le forjan los vientos al ondular su superficie.

Y cuando las ondas del río se han sucedido para rechazarlas, se han lanzado contra él, y por eso se ha quedado lamentándose con su murmullo» (12);

al surtidor de nuestros embrujados patios:

«¡Qué bello el surtidor, que apedrea al cielo con estrellas fugaces que saltan como ágiles acróbatas!»... (13);

a la amada: entre otras la mujer del rey sevillano, aquella esclava Romaquia o Itimad, linda trianera que enamoró por gracia y numen poético a su señor, que la conoció yendo disfrazado por la «Pradera de Plata» a orillas del Guadalquivir, y que llegó, para satisfacerle un capricho, a convertir en alfarería el primitivo Alcázar sevillano, aunque el barro para que no lastimase y ensuciarse los piececillos de la favorita no lo constituía la pegadiza arcilla, sino mezcla dulcísima y fragantísima de azúcar, canela, jengibre y perfumes, amasados con agua de rosas; así como otra vez, por ella también, plantó almendros alrededor de palacio para satisfacer el poético deseo de la esclava de ver nevar.

Amadas andaluzas para las que cantaron:

«Impaciente al yugo, cuando otras mujeres quieren imponérmelo, me someto dócilmente a tus mejores deseos...

... Era una gacelita que mira con narcisos, alarga azucenas y sonríe con margaritas...» (14).

Lírica clásica la de las qasidas, típicamente arábica, escogida también para narrar temas de dolor, como el destierro y la salida de su Sevilla del regio poeta Mutamid y familia, captado deliciosamente por el vate musulmán Ben-Al-Labbana:

«Todo lo olvidaré menos aquella madrugada junto al

(12) Del Libro de las banderas de los campeones. (Trad. G.^a Gómez).

(13) El surtidor. Ben Raia, poeta sevillano. (Trad. G.^a Gómez).

(14) De una poesía acróstica a Itimad, compuesta por el rey Mutamid. (Texto traducido por Dozy) y de La amada de Ben Ammar, visir de Mutamid de Sevilla. (Traducción G.^a Gómez).

Guadalquivir, cuando estaban en las naves como muertos en sus fosas...

«Caían los velos porque las vírgenes no se cuidaban de cubrirse, y se desgarraban los rostros como, otras veces, los mantos».

«Llegó el momento y ¡qué tumulto de adioses, que clamor el que a porfía lanzaban las doncellas y los galanes!»

«Partieron los navíos, acompañados de sollozos, como una perezosa caravana que el camellero arrea con su canción».

«¡Ay, cuántas lágrimas caían al agua! ¡Ay, cuántos corazones rotos se llevaban aquellas galeras insensibles!» (15)

Andalucía en pago de tan rico y sugestivo magisterio poético recibido de los árabes españoles, que seguían su remota tradición poética oriental, enriqueció, a su vez, la literatura islámica con el gracioso zéjel, poemita corto, intrascendental, picante, mordaz, de sentido más coral y colectivo que minoritario, brillante antecedente, en cierto modo, de nuestros cantares populares y que por influjo de la gracia andaluza no sólo se cantó en nuestras ciudades y aldeas del *Andalus*, sino que —nueva prueba de cómo las civilizaciones que nos visitan se enlazan con nuestro propio decir y hacer— se impuso bien pronto en todos los territorios sometidos al Islam, hasta el remoto Iraq:

«Mi excelente zéjel
se oye en el Iraq.
¡Qué genial es esto!
Otros versos no valen,
junto a este donaire».

(Cantaba su glorioso inventor el andaluz Aben Guzmán) (16).

Para ejemplo último entre mil de la perfecta amalgama que Andalucía ha sabido constituir siempre con pueblos y culturas, está, no sólo la presencia de lo andaluz en la América hispana con costumbres, arte y modo de vida, sino en algo tan sutil y tan permanente como el lenguaje. Con razón Santos Chocano nos llama «Madre Andalucía» y el criollo lleva su mayor tesoro en la guitarra. Lenguaje de los hispanoamericanos en el que pese a algunos críticos que sin negarlo rebajan su importancia, eminentes filólogos y fonetistas nacionales y extranjeros confirman el indudable influjo de nuestra graciosa y atrayente habla dialectal andaluza;

(15) Mutamid y su familia embarcaron para el destierro. Ben Al-Labbana. (Traducción G.^a Gómez).

(16) Cancionero de Aben Guzmán. Zéjel LXV.

por lo que ufanamente ellos recogen y mantienen, entre otros fenómenos, nuestro yeísmo, seseo y especial evolución de las consonantes finales. Y es que no en balde la primera voz de Europa que sonó en América gritando «Tierra», fué la de un sevillano y trianero—casi nada—Rodrigo de Triana. Esa peculiar manera de hablar, que nos permite sostener el sentido imperialista de nuestra habla en los terrenos de la lingüística pura, ya que en los del buen decir, jacarandoso, y pasional, insinuante y expresivo, viril y delicado a un mismo tiempo, nadie nos podrá quitar el cetro y el dominio, que pregonan bien claro los esfuerzos con que todos los que no son andaluces quieren emplear nuestro vocabulario y fonética—aunque sea el desgramaticalizado aunque expresivísimo «olé»—, que algo llevarán consigo cuando tantos envidiosos imitadores— y graciosos por el ridículo que hacen— desean inútilmente hacer suyos. Sin saber que para eso hay que haber sido bautizados en algunas de las veinticuatro parroquias antiguas de Sevilla, tantas como campanas tiene la Giralda, que es la primera que habla en sevillano al repicar bulliciosamente y de manera singularísima con sus bronces, alborotando sus sonidos, cual a niños revoltosos, a los pájaros del cielo y haciendo bailar de gusto al «Giraldillo», colosal moreno o bronceo torerillo sevillano, que gozoso señala con su palma de triunfo los cuatro puntos cardinales del Universo hasta donde llega el eco de Sevilla por gracia y amor de esta única y resalada tierra (17).

Cultura.

El constante y renovado tráfigo cultural a que acabo de referirme supone para Andalucía una vejez escalofriante y singular. Lo andaluz existe, no se olvide, aún antes de que la remota y clásica Grecia señalase nuevos derroteros a Europa. Y no es asunto de imaginadas mitologías que puedan anecdotizar la creación de Hispalis atribuyéndosela al legendario Hércules, son datos históricos de periplos y testimonios arqueológicos que prueban la originaria presencia de una cultura andaluza propia, en los más remotos tiempos. Podrá discutirse el auténtico establecimiento

(17) Tales afirmaciones lingüísticas, aunque en su fondo las creo exactas, van presentadas un tanto líricamente como exige la naturaleza de un Discurso de Juegos Florales. Para ampliación remito al lector, entre otras publicaciones, a: *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*, de Pedro Henríquez Ureña, Universidad de Buenos Aires, 1932.

Nótese que la amalgama y reciprocidad cultural a que acabo de referirme se da en todos los órdenes, aún en los más alejados de las altas esferas científicas. ¿Qué otra cosa proclaman—escojamos un nuevo y bien distinto ejemplo—esos caballos andaluces? Veamos cómo los define Pemán en *Caballos en Jerez* (artículo publicado por «ABC»: «...la fórmula dosificada que Jerez, tras mil pacientes ensayos de mezcla, ha logrado para el caballo perfecto... es la hispano-anglo-árabe. ¿No dice nada que para obtener el caballo exacto haya sido necesario juntar tres sangres con vocación de dominación e imperio. ...Cada una, como las hadas buenas de los cuentos, le ha dado su prenda al perfecto ejemplar: España, músculos para subir cuestras; Arabia, ojos para abarcar llanuras; Inglaterra, psicosis de velocidad disparada».

del puerto de Tartesos, pero no que éste estaba al Sur de la región tartésica, que es la actual Andalucía, de la que era capital y centro el núcleo sevillano de nuestros días más o menos desplazado hacia Carmona. Por eso cuando David quiere ofrecer lo más rico y extraño al Salvador del Mundo, conocido ya lo nuestro por los viajes de los argonautas púnicos, profetizará en el salmo LXXI v. 10: «Los reyes de Tarsis y los de las islas le ofrecerán regalos».

El mundo empezó, pues, con su nacer a sentir apetencia de lo andaluz. Sabido es, también, que ya en el primer siglo de nuestra Era fueron famosas las bailarinas gaditanas

Dichas dos afirmaciones concluyentes —nuestra remotísima antigüedad y el continuo visiteo de pueblos atraídos por nuestro delicioso escenario natural— forzosamente habían de producir para las gentes de la tierra andaluza un decantamiento de lo mejor. Lo falaz y engañoso de las culturas, lo accesorio en ellas, pronto se olvidaba al empuje renovador de las que seguían; pero lo fundamental, lo eterno por lo típico, eso permanecía y permanece aquí, por el principio de aclimatación y reabsorción antes referido.

De ahí que la cultura andaluza tiene características únicas y singulares. «Yo creo que hay una cultura andaluza en sentido más hondo y radical que toda esa parada de escuelas andaluzas de pintura, poesía, etc. Es ya no haberse enterado de lo que en la cultura andaluza hay de más específico hacerla consistir en arte pictórico o literario. Arte, literatura, ciencia, religión, Estado, todo eso que constituye, en efecto, las culturas del Centro y del Norte de Europa, de Roma o de Grecia, trae en el fondo muy sin cuidado al andaluz eterno, cuya cultura consiste precisamente en todo lo demás de la vida que no es eso (18).

Sabiduría popular.

Esto hace que nuestra filosofía natural, o sabiduría popular, entendiendo por tales términos la propia del elemento vivo racial, no la brotada al socaire de influencias o modas literarias, sea profundamente certera, lacónica, aguda y rápida. Extraña a todos lo que llaman, refiriéndose a las chispeantes contestaciones de la gente andaluza, nuestros «golpes». Golpes de maza, es cierto, sobre el incommovible yunque de la verdad, pero que podemos darlos por haberse robustecido la mente colectiva de

(18) José Ortega Gasset, *Espíritu de la letra*. Igual afirmación acaba de formular José María Pemán en un artículo de «ABC» titulado «Cuentos», de Manuel Halcón: «La vejez andaluza, sobre todo en la baja zona tartésica, está tan empapada de cultura espontánea, que tiende a prescindir selváticamente de la literaria y doctoral. El aire y el sol; el refrán, la copla y la viveza construyen como un bachillerato atmosférico y psicológico que tienta a prescindir del otro. [Aunque el fino escritor gaditano amplía un tanto, y con justeza, el pensamiento de Ortega]. Pero es falso espejismo. Cuando a esa cultura nativa se une la otra, se producen mayores maravillas».

De la vejez tartésica andaluza trata, también, Ortega y Gasset en *Las Atlántidas* y en su *Teoría de Andalucía*.

la raza andaluza ante tantas «verdades» dispares, como pueblos y épocas le enseñaron y de las que ella en tamiz o cedazo sutilísimo, en alambique admirable ha sabido ofrecer, después, la verdadera quintaesencia de las cosas. ¡No tanto, pues, ingenio intuitivo o milagrero, experiencia sí y bien nutrida por una vejez multicentenaria, renovada y modernizada constantemente con impulsos recreadores y purificadores, que harían estremecer de envidia al Ave Fénix que supo resurgir de sus propias cenizas!

Filosofía racial.

Ese profundo sentido filosófico de Andalucía es el que puede explicar su fatalismo, que si fué arábigo con el «Estaba escrito», se vuelve cristiano en el «Estaba de Dios». El mismo que marca con cuatro versos admirables nuestro cantar popular:

«Por cosas de este mundo
nadie se apure,
que no hay mal que no acabe
ni bien que dure».

Tan delicioso sentido de abandono temerario, sólo puede ser propio de una civilización que supo dar al mundo aún en momentos de paganía — ¡qué no haría luego, sobrecargada de cristianismo ascético! — una posición de desasimiento de lo circunstancial ante los supremos valores del espíritu: la fórmula del senequismo cordobés.

Fórmulas maravillosas que llevadas al terreno de las reacciones populares crean el enfrentarse el torero con la muerte «echándole valor y arte»; el ensimismamiento de los sevillanos que saben «canturreando por lo bajo», como aquí se dice, adormilarse en el patio recoleto, bajo el toldo refrigerador, escuchando el latido de los seres, sean éstos el soñoliento surtidor o el desperezarse de las plantas; o sentarse a la puerta de la casa, no a esperar el cadáver del enemigo, que aquí se depuró el adagio árabe, sino a ver pasar a los amigos —, coterreños o extranjeros —, habiendo para todos una palabra de consuelo, de aliento, de caridad, fruto de la gracia. De la gracia sevillana que es gracejo en el chiste o chispeante sentencia en el proverbio, pero siempre nacidos y caldeados en el corazón de este pueblo maravilloso.

Esta postura encierra una filosofía especial muy superior a la de las escuelas científicas. Oigamos a Ortega, maestro de filósofos: «Cuando la desproporción entre el trabajo empleado y este resultado, el único que justifica la ciencia, es excesiva — como pasa en la filosofía goethiana — entramos en la sospecha de que la «ciencia» es un vicio y nada más. Y me ocurre pensar que es más *honda y seriamente* humano sentarse a tomar el delicioso sol de enero, fumando cigarrillos y canturreando vagas can-

ciones, como *hace* el hombre de Sevilla. Tal vez Goethe me diera la razón en algunas de sus horas...» (19).

Convivencia social y aristocracia ancestral.

He ahí también la raíz profundísima de esa convivencia social tan admirada en cuanto que se pisan los linderos de la región andaluza. «Aquí se encuentra uno como en casa», afirman quienes nos visitan. A ellos les extraña, pero no a los sevillanos que llevan más de treinta siglos —diez más sobre los cristianos—, abriendo la puerta a los visitantes y alargándoles la mano con un «vaso de bon vino», mejor, por ser mucho más viejo, que el que cantara el ingenuo poeta de la Rioja en el ya remoto siglo XIII. Vino que ofrecido como rito —de ahí que el sevillano lo contemple primero en su color, lo huelga luego y lo paladee al fin— es el verdadero catalizador que aquí se emplea para reducir distancias y estrechar lazos. Dígalo si no el apellido Domecq trasvasado del extranjero a lo más puro jerezano.

Fusión no sólo de razas sino de clases sociales dentro de ellas, que da hasta al labriego andaluz ese aire de señorío y aristocracia, no amañada ni aprendida a destiempo, sino vivida siempre por estar al servicio de una nobleza y alcurnia de altos ideales, muy superior a la de los títulos nobiliarios y que justifica la afirmación gitana aparentemente hiperbólica «llevo en mis venas sangre de reyes». Tan la llevamos, que en tronos se termina; como le sucedió a la granadina Eugenia de Montijo o a la soberana de Kapurtala, la malagueña Anita Delgado.

Raza.

Si hasta ahora me he referido (y espero que he logrado explicarlas), a cualidades andaluzas derivadas del fenómeno de su vetusta y autoctónica-cosmopolita cultura, de las que han sido causa las condiciones inmejorables y peregrinas de su suelo, veamos seguidamente las dichas influencias cosmológicas directamente sobre los que las vivían; pues de la espléndida naturaleza donde Dios quiso que nacieran nuestros antepasados, se derivan circunstancias y características de lo andaluz que nos singularizan en la humanidad y colaboran a producir ese embrujo especial y taumatúrgico.

Clasicismo.

Ante una naturaleza tan extremada y deliciosa, el hombre de estas tierras parece que debe adoptar una única y clásica actitud de contem-

(19) Ortega y Gasset, Goethe desde dentro.



*Maria de Laurera Magalhaes Zarco de la Cámara,
Hija de los Condes de la Ribeira.*

Reina de los Juegos Florales hispano-portugueses. Sevilla, 1947.

plador, de mero gozador de los deleites sensibles que se le ofrecen. Posición un tanto «quietista» más lógica aún para los que vienen de fuera, entre tanto se aclimatan. De Santa Teresa son estas muy gráficas y donosas palabras: «No sé si la misma clima de la tierra, que he oído siempre decir los demonios tiene más mano allí para tentar, que se la debe dar Dios, y en ésta me apretaron a mí, que nunca me vi más pusilámene y cobarde en mi vida que allí me hallé: yo, cierto, a mí misma no me conocía. Bien que la confianza que suelo tener en Nuestro Señor, no se me quitaba; mas el natural estaba tan diferente del que yo suelo tener después que ando en estas cosas...» (20).

Morosidad y melancolía.

Graciosa paradoja, una naturaleza exultante que hace a sus moradores, relajados y morosos; ¿y por qué no soñadores? ¿No será una lógica actitud de paladeadores refinadísimos de la belleza circundante? Más qué pereza u holgazanería colectiva como algunos pobres diablos nos achacan ¿no será el quererse eternizar con el disfrute de lo bueno? Las vueltas sobre el mismo tema en los cantes andaluces, los «jipíos» y gorgoritos con que se acompañan no es hurtar las dificultades técnicas, pues se aumentan con ellos, sino recrearse y casi extasiarse en las ideas que se pregonan. Es igual que el toreo belmontino o el manoletino en que se prolongan los lances manteniendo y acentuando inverosímilmente el riesgo de la vida, pero «atracándose de toro», como vulgarmente se dice, o «durmiéndose en la suerte», como también se afirma con precisión genial. ¡Vivir la vida despacio cuando es bella!, y siempre puede serlo ya sea física o moralmente. Razón tuvo José María Izquierdo al afirmar: «La maceta es el emblema de nuestra vida, y de nuestro arte. Vida de jardineros, que cuidan una flor; o muchas flores, pero flor a flor. Y nuestro arte es como nuestra vida. Y así debe ser. ¡Ojalá todos los hombres fueran jardineros!», concluía Jacinto Ilusión (21).

Tal abandono cósmico podrá explicar muchas actitudes melancólicas más nuestras que esa desorbitada actitud dicharachera y cómica de que se nos tilda.

Ortega, al clasificar nuestra cultura como «campesina», afirmaba: «...aunque parezca mentira al hombre del Norte, hay todavía en este rincón del planeta millones de seres humanos para quienes la delicia básica de la vida es, en efecto, gozar de la temperie deleitable... Este ideal —la tierra andaluza como ideal— nos parece a nosotros, gentes más del Norte, demasiado sencillo, primitivo, vegetativo y pobre. Está bien. Pero es tan básico y elemental, tan previo a toda otra cosa que el resto

(20) Santa Teresa de Jesús, Libro de las Fundaciones, cap. XXV.

(21) José María Izquierdo, Divagando por la Ciudad de la Gracia.

de la vida, al producirse sobre él, nace ya ungido y saturado de idealidad» (22).

Barroquismo.

Pero dije más arriba que la actitud del hombre ante tan paradisíaca naturaleza puede ser en parte la clásica (me refiero al ideal de vida clásico, greco-latino) de mera contemplación, pero también puede adoptar otra postura y diametralmente opuesta. Gallarda paradoja de esta tierra audazmente paradójica por su sublimidad y singularidad.

Un poeta de nuestros días y ciudad en su *Canción del amante andaluz*, nos dice:

«¡Y no me podré dormir
sobre el frío de mi almohada,
porque un aroma de patio
entra en mis venas y abrasa!» (23).

Quién, es verdad, está quieto en su casa interior, cuando el exterior con su lujuriente belleza nos lanza a la aventura. No; nuestra cultura es fundamentalmente barroca —como posición vital preferida—; lo que no es óbice a los matices clásicos ya señalados. Al fin y al cabo lo barroco es una intensificación y superación de lo clásico que se presupone como punto inicial de la fuga.

Sevilla es barroca por antonomasia. Lo probaba yo en mi *Pregón de la Semana Santa sevillana* del año 1945: «Nuestra ciudad es barroca, no lo dudéis [decía yo entonces]: en su urbanismo rechaza el trazado geométrico para sus vías y respeta el dédalo laberíntico de sus callejas y plazuelas, lo es también en la asimetría externa e interior de sus casas, en el gracioso juego policrómico de sus fachadas, en sus costumbres, en su arte local, en su amor por los pequeños detalles que prefiere a las grandes líneas, recuérdese el traje típico de sus mujeres con faldas de faralaes y volantes totalmente opuestos a la rigidez de la túnica clásica. Pero barroca no sólo en lo más externo o periférico de la vida sino hasta en la psicología cómica-seria de sus habitantes que cantan alegres su hondo penar» (24).

Y es que la «mareante» naturaleza que nos circunda obliga a man-

(22) José Ortega y Gasset, *Teoría de Andalucía*.

(23) J. Romero Murube, «Siesta de la albahaca y el adolescente» en *Canción del amante andaluz*.

En el *Elogio de Sevilla*, de F. Cortines y Murube, parece entrecruzarse esta dualidad clásico-barroca de nuestra ciudad, que definiendo, al considerarla conjuntamente como «contemplativa y activa», si bien la referencia a la clasicidad de Grecia hace algo confusa la cita: «Sevilla ha logrado el clásico equilibrio de Grecia, como ciudad contemplativa y activa».

(24) Francisco Sánchez-Castañer, *Pregón de la Semana Santa Sevillana*, 1945.

tener el espíritu en posición inestable, en tensión constante. ¿Quién reposa —si no son las fuerzas corporales por un relajamiento excesivo a veces— ante un cosmos andaluz que bulle y desarrolla fuerzas dionisiacas incontenibles, fecundidades sin cuento? Sirva de ejemplo el desasosiego que se apodera en esos atardeceres caliginosos del estío sevillano en que la luz se hace suavemente dorada como la tentadora manzana del paraíso, en que sentimos el paso del pólen de las plantas con su mariposón floreo, en que el sol se duerme lentamente arrullado por la tibia noche que avanza, y en los que el sevillano salta de su cómoda posición hogareña para lanzarse a la calle y a las plazas, paseos y jardines en busca de la «mareas», que si llega a traerla el padre Betis se la llevará nuevamente de pronto hacia el Océano de donde vino, de muy lejos, dejándolo todo otra vez sumido en enervante quietud... Todo menos al hombre, que en violenta contorsión, empujado por los poderes ocultos de Andalucía se lanza a vivir «sus cosas» con pasión redentora y ansias irrefrenables, poniendo vida en las palabras y acciones, barroquizando su cultura y maneras colectivas. De ahí brotan la franqueza inigualable del sevillano, su hiperbólico construir, su cacareada pasionalidad.

Cualidades barrocas: franqueza caritativa y exageración.

Franqueza que es la negación de esa «fulería» que se nos achaca y ante la que hasta la posible mentira no lo es por descubrir una «propia» verdad que la quisiéramos también para los demás. Pero franqueza que no evita el «floreo», el disimulo caritativo para no lanzar en acre actitud, muy del gusto de otros pueblos, las verdades que molestan a la cara sino evangélicamente envueltas en la dulce mirada del Nazareno. ¡Para corregir, no para castigar, que en todo hay matices!

Hipérbole y exageración que brotan del apostólico servicio de verdades cuya certeza absoluta se intuye con tal clarividencia que lógicamente se engrandecen ante un genial deseo de proselitismo. Y cómo no, si Andalucía es una hipérbole de Dios, como bien afirmaron los hermanos Alvarez Quintero (25).

Arte sevillano.

Sentido más que hiperbólico audazmente expresivo que distingue al arte andaluz y sevillano de siempre. Su arquitectura, que hizo se tuvieran asimismo por locos los que crearon la mole inmensa pero armónica de la

(25) Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, *Discurso de los Juegos Florales de 1910 en Sevilla*. Los mismos autores ponen en boca de sus personajes afirmaciones similares. Don Floro exclama en *Los marchosos*: «Señores míos, yo no tengo la culpa de que en la ciudad del Betis salga todo hiperbólico».

Catedral hispalense, pero es que había de ser digna metropolitana de cuantas sedes catedralicias se erigieran en América; o la Giralda, esa torre que es una mujer mora bautizada que se asoma a ver los toros de la Maestranza, colosal dedo índice levantado por Sevilla para mostrar el cielo de lo infinito, gigantesca vara de azucena alrededor de la que zumban abejas hechas campanas, torre incógnita que por efecto de la barroca Sevilla es siempre mucho más de lo que es.

Su escultura balanceándose con patético sufrir en las tallas imagineras que recorren las calles de la ciudad encendiendo en un puro amor, conjuntamente, corazones y fachadas.

Su pintura apoyada en las triangulares maneras, del realismo definidor de un Velázquez, de la angélica luminosidad de un Murillo o de la agobiante mueca mortal en un Valdés.

Su música, tormento de las almas en las soleares, fandanguillos y seguidillas gitanas o hecha misterioso y desazonador poema en *El amor brujo*, en *La procesión del Rocío* o en *La oración del torero*.

Su poesía, en fin, que si se vistió de barroco ropaje al cantarnos arábigas orgías:

«¡Cuantas noches pasé deliciosamente junto a un recodo del río con una doncella cuya pulsera emulaba la curva de la corriente!»

«Se pasaba el tiempo escanciándome el vino de su mirada, y otras veces, el de su vaso, y otras, el de su boca».

«Al quitarse el manto, descubría su talle, floreciente rama de sauce, como se abre el capullo para mostrar la flor».

«Si no se opusiera al honor, iría a verte de noche, lleno de pasión, como el rocío visita al pétalo de la rosa» (26),

fué luego cristiano y luminoso atavío en la escuela que encabezó Herrera. El que metaforiza a su amada hasta hacerla causa cósmica de belleza y fecundidad:

«Pura, bella, suave Estrella mía,
que, sin que os dañe oscuridad profana,
de luz serena la mañana.
y la tierra encendéis desnuda y fría (27).

(26) Evocación de Silves, del rey Mutamid de Sevilla.

(27) Fernando de Herrera, Soneto XXXIX. (Ed. Clas. Cast.). Ya que cito al gran poeta sevillano Fernando de Herrera, no me resisto a la tentación de dar, aunque sea en nota, el no muy conocido Soneto a Sevilla, atribuido al mismo, ya que en este Discurso se exalta a la incomparable Ciudad Bética, de la que dicho poema es también hiperbólico y exultante panegírico:

«Reina del grande Océano dichosa,
sin quien a España falta la grandeza,
a quien valor, ingenio y la nobleza
hacen más estimada y generosa.

Mientras que en su seguidor, Rioja, todo es súbito y fugaz. En su *Silva a la rosa* canta:

«Róbate en una hora,
róbate licencioso su ardimiento
el color y el aliento:
tiendes aún no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia, tu nacimiento o muerte llora».

Y en Medrano, el díscolo y humano jesuita, a caballo de dos maneras —salmantina y andaluza—, es estóico goce de una muerte senequista, saboreando el agua fresca del cantarillo, rodeado de buenos amigos. Este gran poeta que como buen andaluz se entrega con frenesí y delectación inquietante a la belleza:

«No sé cómo, ni cuándo, ni qué cosa
sentí que me llenaba de dulzura;
sé que llegó a mis brazos la hermosura,
de gozarte conmigo cudiciosa (28).

Escuela poética sevillana que barroquiza aún momentos de neoclásicismo convirtiendo en prerromántico al grupo de Lista, Arjona, Marchena, Blanco, Reinoso, Roldán.

Y que finalmente (por no pasar de ese Romanticismo o siglo XIX que ha señalado el Ateneo para los diferentes temas monográficos de este certamen) llegó, en una hiperbólica y deliciosísima expresión de lo que puede el amor y la belleza femenina a subordinar a éstos la excelsa creencia y fe en el Supremo Hacedor de la beldad. Como cantó nuestro mejor vate, el que nació en San Lorenzo y quiso ser enterrado al pie de álamos blancos en las márgenes del río, Gustavo Adolfo Bécquer:

«Hoy la tierra y los cielos me sonrien;
hoy llega al fondo de mi alma el sol;

¿Cual diré que tu seas, luz hermosa
de Europa? Tierra no, que tu riqueza
y gloria no se cierra en su estrechez;
cielo sí, de virtud maravillosa.

Oye y se espanta y no te cree el que mira
tu poder y abundancia; de tal modo
con la presencia ve menor la fama.

No ciudad, eres orbe; en ti se admira
junto cuanto en las otras se derrama,
parte de España más mejor que el todos.

(Ed. B. A. E.)

(28) Francisco de Medrano, Soneto XXIX. (Ed. B. A. E.)



María de los Angeles Ramos-Paul y Dávila

Reina de los Juegos Florales de Sevilla, en 1948.

hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!» (29).

Actitudes pasionales.

Barroquismo no tan solo artístico, sino de actitudes que lleva al andaluz a vivir con pasión hasta el más insignificante momento de su existencia, apartado siempre de un razonado y calculista medir las cosas; siendo la base de su prodigalidad y afectuosidad no postiza ni fruto de buenas maneras, sino sincerísima, de su rumbo inigualable y aristocrático. Pasionalidad que pone la vida más allá de las palabras, que se anticipan y subrayan (aún antes de decirse) con gestos y ademanes en que ojos, labios, manos, el cuerpo entero vibran al unísono de una sorprendente vida interior, que está rimando a su vez, en movimiento sincrónico, con la naturaleza divinamente inquieta de esta singular región.

Pasionalidad —como posición vital, entiéndase bien—, contraria a esa de la navaja y de la tragedia sangrienta que inició la «extranjera» visión de una *Carmen* no sevillana y que acentúa hoy un desdichado folklore ahíto de pintoresquismo. Si hubiera que buscar un símbolo humano de la pasión andaluza, deficiente siempre por tener que plastificar lo suprasensible, yo escogería el puro baile agitanado de nuestras mujeres en su ambiente, no en el tablado, que como en el llamado de «las sevillanas» iniciándose con un paralelo y clásico subir de piernas y brazos se resuelve pronto en lumínicas revolveras en que torso, pies y manos se agitan suavemente en espiral graciosa produciendo armonía y color, como el cauce de nuestro río o las arboledas de nuestros parques. O también en el flamenquismo del «zapateado», donde las manos deliciosamente sensitivas de la «bailaora» acarician —como todo su cuerpo en sus limpias no torpes convulsiones—, el aire embrujado, el ambiente hechizado de esa Andalucía, que desazona panteísticamente a sus hombres lanzándolos a la aventura de lo absoluto, a la quimera de lo imposible, a la conquista de mundos de la más pura poesía, de los más nobles ideales.

El reino de la gracia: mística y poesía sevillanas.

Las extremosidades o superabundancia que la tierra, cultura y raza depositan en Sevilla, fatalmente conducen a un sólo posible estado: el de la más excelsa mística o poesía pura, que ambas son hermanas gemelas. Piénsese que ni en Grecia ni en Roma, como ejemplos supremos de pue-

blos clásicos, sujetos al rigor lógico de la razón objetiva, se pueden remontar las cimas místicas.

Pueblos como el andaluz, con las características ya señaladas, no sólo pueden sino que, por fuerza hacia ella caminarán como los ríos van a parar a la mar. (No me refiero a mística religiosa sino a estado místico en cuanto superación milagrosa de lo concreto, de ahí que hablase también de lo poético, fenómeno similar).

Las pruebas más eficientes de haberlo logrado Sevilla es que le son aplicables las características propias de aquellos sublimes estados. Ante todo (el sentido intuitivo y amoroso-pasional ya fué analizado aunque referido a otros motivos): la inefabilidad.

Lo inefable.

He ahí la noción justamente aplicable a lo sevillano. Aquí todo es inefable; es decir, incapaz de sujetar a medida lógica, imposible de traducir y explicar con acierto. Por esto las expresiones con que tratamos de apresar lo que por naturaleza es inaprensible, son decir: lo maravilloso, el ángel, los duendes, el embrujo, la gracia, que referidos a esta ciudad sin igual no hacen más que definir la inefabilidad de su esencia última, místico-poética, purísima.

En virtud de ella el hechizo está donde menos uno se piensa; a veces al volver cualquier esquina, vulgar e incluso pobre en su sentido geométrico, pero que nos evoca una tradición, sea la de la bella judía Susona o la del ataúd o la de la semilla del pimentero o la de un candil testigo de un crimen real (30). Otras al sumirnos en jardines cortados a la moda francesa o inglesa o arábiga, que no nos trasladan como otros a mundos conocidos de discreteos galantes, o de sensualismo o de bellas maneras, sino a algo más sutil labrado por los siglos teniendo por artífices los luceros y las estrellas, los jazmines y geráneos, el tibio calor, la ósmosis con el ambiente de ocultas aguas subterráneas que acompañan el hondo latido de la ciudad-enigma. Todo, en fin, lo que separado se da en muchas partes del mundo pero que unido sólo ha querido Dios enrrarlo en Sevilla; como hizo gratuitamente en el «Castillo interior» de la mística doctora y virgen del Carmelo, con la que tenemos que exclamar, como ella decía a quienes dudaban de su transverberación angélica: «que suplico yo a su bondad [la de Dios] lo dé a gustar a quien pensare que miento» (31). Que vengan, pues, a Sevilla los que no crean en esa gracia singular y tendrán que aceptar la razón de lo inexplicable.

Mística sevillana que estará también en las costumbres de la tierra

(30) Ya el propio Cervantes en el cap. 14 de la primera parte de su *Don Quijote*, afirma esto mismo de Sevilla: «...por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno».

(31) Santa Teresa, *Vida*, cap. XXIX.

y en el vivir y ser de sus habitantes, que sin saber cómo comunican gracia, es decir, poesía, contento, alma.

Pero, entiéndase bien, ellos son meros transmisores de algo que graciosamente se les dió para que lo repartiesen. No sabrían explicarnos tampoco el porqué. La misteriosa inefabilidad arranca y se da primero en los mismos sujetos de la experiencia mística. San Juan de la Cruz bien lo declaraba:

«Entreme donde no supe
y quedeme no sabiendo
toda sciencia trascendiendo» (32).

Igual en Sevilla. En una comedia sevillana de los Quintero exclama sorprendido uno de los protagonistas: «¿Se ha fijao usted en la señora? Ha de tratá de duelos y de llantos y dise las cosas con ange. Yo comparo su gracia con la de los toreros, que, rondando la muerte, tienen buenos gorpes».

Y es que como decía el gran poeta catalán Juan Maragall: «Toda la gracia está en un cierto olvido de sí mismo. Para ser gracioso es menester saberse y olvidarse, porque no es la gracia una absoluta inconsciencia; es un saberse y no saberse que no sé cómo decirlo...» (33). De nuevo la inefabilidad cortando la expresión material al definidor, como las criaturas al hablar con el alma en el *Cántico espiritual*, con «un no sé qué que quedan balbuciendo».

Veamos, por último, dos ejemplos más aplicados a Sevilla que nos ratifiquen que al hablar de ella podemos referirnos a «El reino de la gracia». Gracia en cuanto a espiritualidad intraducible.

Lenguaje metafórico.

En primer término el hablar de los sevillanos por imágenes o comparaciones, entretejiendo un alegórico y subidísimo lenguaje metafórico, que distingue siempre al arte y a la vida de Sevilla.

Como dice ese gran poeta de Andalucía que nunca lloraremos bastante, Federico García Lorca: en Andalucía se hace mucho más frecuente la tendencia del lenguaje humano a manifestarse por imágenes; en ella «la imagen popular llega a extremos de finura y sensibilidad maravillosas...» (34). Pero es que hablar por imágenes es reconocer lo inefable

(32) San Juan de la Cruz, *Coplas sobre un éxtasis de alta contemplación*.

(33) Texto del gran poeta catalán utilizado como lema por Izquierdo en *Divagando por la Ciudad de la Gracia* al igual que éste otro de Ganiwet: «Granada encanta por el color, y Sevilla seduce por la gracia».

(34) Federico García Lorca. *La imagen poética en Don Luis de Góngora*.



*María Antonia de Carranza Vilallonga,
Hija de los Marqueses de Soto-Hermoso, Condes de Montagut-Alto.*

Reina de los Juegos Florales de Sevilla, en 1949.

(Dibujos de F. Díaz).

de las cosas, es ante el supremo secreto de los íntimos estados suprasensibles utilizar torpemente las ideas que con ellos más se asemejan; o es, también, ante la espléndida realidad de ciertas verdades desnudas cortejarlas y reforzarlas con el lenguaje comparativo. De ambas maneras desembocamos en un lenguaje de gran valor artístico y poético ya que, como afirma Keats: «Sólo la Poesía puede narrar sus sueños».

Es inútil, por lo muy sabido, repetir innumerables ejemplos de cómo en Sevilla el lenguaje mudo de su arte o el vivo de sus gentes, señores o plebeyos, está siempre matizado con la imagen en sentido traslaticio. Y esto no sólo para describir las cosas grandes sino aún las más pequeñas. ¡Qué es sino bella metáfora vestir de Reina a una derrotada y dolorosa mujer, como se hace aquí con las Vírgenes en los sublimes «pasos» de palio! «Corona imperial para sus sienes, finas holandas para sus tocas, saya riquísima tejida en oro y seda, manto de cola de proporciones extraordinarias..., palio real sobre varales de plata repujada, con amplias caídas, caladas, ingravidas..., flores, muchas flores que rivalicen en hermosura y fragancia con la azucena de su rostro; extendido a su paso un jardín de cirios infranqueables si no los encendiera el amor, auténtica celosía luminosa y sonora —luz y chisporroteo de la llama— tras la que asoma de bruces su dolor la Virgen Santísima, a la que sus hijos han ofrendado el pañuelo bordado, la sortija de bodas, el collar de fiestas, los finos pendientes, el alfiler de brillantes, la diadema de perlas que acompañen a las de las lágrimas, el dije o broche refulgente, el rosario de nácar, la cadena de oro; esmeraldas y rubíes, topacios o amatistas formando artístico puñal que no lacera, pues es sólo símbolo de aguda flecha que el amor devocional idealizó...» (35). ¡Cabén más imágenes juntas! Por eso a su paso brota la saeta que es más que piropo: es requiebro hecho música, hecho oración.

Y así en infinidad de casos; inútiles de mencionar ahora, pues lo que nos interesa es probar que por la inefabilidad de lo sevillano, por estar dentro del Reino de la Gracia, es preciso dar y utilizar esos rodeos en la expresión.

Los conventos de monjas.

Otro ejemplo de inefabilidad sevillana es el arte inigualable con que aquí se hacen las cosas. Ese buen gusto que en todo se respira y que convierte en inconscientes artistas a los sevillanos. De entre millones de casos escojamos éste: el sentido inefable que trasciende de nuestros conventitos de monjas. Lo afirmo yo que he repetido mis experiencias in-

(35) Francisco Sánchez-Castañer, Pregón de la Semana Santa Sevillana, 1945.

numerables veces en mi constante recorrer los caminos de España (36). Tratándose de las mismas comunidades religiosas y de sensibles almas femeninas, que en todas partes las hay, sólo aquí queda una transido de una fuerza oculta, que es: la gracia con que adornan en su pobreza los altares; gracia hecha flor de papel en esos maravillosos ramos artificiales que envuelven en un limpi, fanal de cristal, donde las velas vecinas se reflejan convirtiéndose en vivas y refulgentes flores de ensueños. Son esos manteles bordados y rizadísimos, mitad mantones de Manila y mitad panales, donde se depositan esos Niños Jesús vestiditos de pastorcillos, o de alegres Cardenales o de Papas, con sus diminutas zamarras o capisayos, blancos o rojos, sus sandalias de oro y tisú o sus zapatitos encarnados y sus caritas bobaliconas. Es ese leve y curiosón andar de las monjas tras el sutil velo de la reja, delatadas por el campanilleo de los rosarios que les cuelgan sobre la estameña o por el cuchicheo casi imperceptible de su gracioso ceceo al advertir los que visitan la iglesia. Son esas deliciosas macetas de albahaca sobre las que extendemos nuestras manos con avaricia para ungir las con lo misterioso y que se arraciman como pebeteros únicos los días verdaderamente tropicales de la Porciúncula o Jubileo de los Angeles en agosto, en los que entramos en estas iglesias conventuales no sólo por devoción sino atraídos desde la calle por ese fresco no de grados térmicos sino de gracia alada, que nos obliga a pisar sin pisar (pues las pisadas resbalan sobre el vacío de lo inefable), los compases de convento, mitad casas de vecinos sin vecinos humanos y sí angélicos, mitad jardines, mitad huertos, con sus fuentes cantarinas. Fuentes a veces imaginadas por tratarse de un humilde grifo a medio cerrar que golpea sobre las primitivas guijas del corralón y que al desparramarse hace brotar por imperio único de la naturaleza, hierbecillas, margaritas, jaramagos y amapolas, que rivalizan con los heliotropos, jazmineros o con las tupidas madre selvas que, como las becquerianas se abren a la tarde aún más hermosas y se desparraman por las tapias y celosías tras las que moran las sagradas vírgenes del Señor, serenamente amparadas por la esbelta, pero sin pretensiones, espadaña donde suenan sin que podamos percibir quiénes las tocan las dulces esquilas o campanitas que transmiten su dulce mensaje de amor y poesía, al unísono que las graves cigüeñas repiquetea con los grandes crótales de sus picos—castañuelas colosales de los atardeceres sevillanos—. Ante tantas cosas tan vulgares en todas partes, pero tan sublimes en Sevilla, nos parece que velándonos el secreto íntimo de ese mundo inefable de superior misti-

(36) Y no soy yo sólo el que lo afirma, ni referido exclusivamente a nuestra época. El 8 de junio de 1576 se trasladaba procesionalmente el Santísimo a la primera casa que para convento de Carmelitas Descalzas se habilitó en Sevilla: la propia Santa Teresa, acostumbrada a actos análogos, se maravilló del buen gusto e «invenciones» con que se adornó todo, maravillándole «una fuente» en la que «que el agua era de azahar, sin procurarlo nosotras ni aún quererlo, aunque después mucha devoción nos hizo». Libro de las Fundaciones, cap. XXV.

cismo, de poesía, que brota sin el menor esfuerzo, están esos ángeles, celosos guardianes de tan sublime esencia sevillana, que un gran poeta presintió en rimas:

«Las ropas desceñidas,
desnudas las espadas,
en el dintel de oro de la puerta,
dos ángeles velaban.
Me aproximé a los hierros
que defienden la entrada,
y de las dobles rejas en el fondo
la ví confusa y blanca.
La ví como la imagen
que en leve ensueño pasa,
como rayo de luz tenue y difuso,
que entre tinieblas nada.
Me sentí de un ardiente
deseo llena el alma:
¡Como atrae un abismo aquel misterio,
hacia sí me arrastraba!
Mas ¡ay! que de los ángeles
parecían decirme las miradas:
—¡El umbral de esta puerta
sólo Dios lo traspasa!» (37).

Sólo Dios sabe, es cierto, el porqué del misterio embrujado de Sevilla. Ciudad a la que tenemos que saludar, pues, como a algo divino, con parecidas palabras a las empleadas por otro gran poeta sevillano, Fernando Villalón, cuando la invocó:

«Ave Hispalia inmortal de gratia plena» (38).

Mi propósito

Presidente, directiva y socios del glorioso Ateneo sevillano:
Correspondiendo al inmenso honor que en mí depositasteis—que agradezco en el alma—y a vuestro acertado acuerdo de dedicar estos Juegos Florales a Sevilla, he procurado, aún no sé si lo conseguí, elaborar lo más completa que he podido, una breve *Teoría sevillana*, un *Discurso de la Verdad sobre Sevilla*.

(37) Bécquer, Rima, LXXIV.

(38) Fernando Villalón. Salutación de Andalucía la baja.

Dentro del reducido límite de una intervención oratoria he tratado de explicar, primero, supuesta la singularidad y colosal atracción de Sevilla, que arranca en su faceta actual del Romanticismo, el papel de la *Tierra* andaluza en su captación de razas y civilizaciones muy diversas y anti-quísimas. Luego he fijado las principales calidades de la *Cultura* andaluza, fruto de tal vetustez e intercambio: su certera visión filosófica, su cordialidad social, su aristocracia ancestral. Me fijé a continuación en las características de la *Raza*: escaso clasicismo, fundamental barroquismo, que explican actitudes indolentes y melancólicas, y las pasionales: su franqueza y caridad, hipérbole, expresividades artísticas y humanas; prodigalidad, pasionalidad.

Por último, y guiados por las condiciones anteriores, nos entramos sin saber cómo por el *Reino de la gracia*: mística y poesía sevillanas: inefabilidad, que produce lenguaje metafórico y buen gusto y arte y vida embrujada. Sólo Dios, concluimos, puede descorrer totalmente el velo de gracia suma que envuelve a Sevilla. Nosotros, tan sólo, con sentido devocional, con fe razonada, nos hemos acercado bastante a la zona de los misterios.

Salutación final.

¡De qué espléndida tierra, Augusta Señora, habéis venido a ser reina! Qué mayor título podíais ambicionar que el de que os aclamásemos todos como Reina de Sevilla y por derechos propios de vuestra hermosura y bondad. Los poetas de esta tierra donde según acabamos de ver todo es poesía, son vuestros galanteadores y principales cortesanos. Ante tanta grandeza, ¡qué importa que este modesto Mantenedor (huérfano del amor desde que Dios le privó de aquel padre sin igual que reunía en sí y creo que superaba todas las buenas cualidades de los mejores sevillanos e hijo actualmente del propio esfuerzo, sin advenedizas ayudas, que ese fué el legado único y cierto que mi padre me dejó), no haya sabido mantener con toda la dignidad necesaria los preclaros derechos de vuestro reinado! No os importe que aunque yo callase, las piedras clamarían por Vos, como en frase análoga afirma el Evangelio. Al menos, otorgadme la gracia de no dudar que puse en ello mi mejor voluntad y servicio.

Yo hubiera querido—así lo merecéis—que mis palabras se hubiesen transformado en fragantes flores que depositar ante vuestro trono, que es ya florido por gracia y beldad de esas bellas sevillanas que os cortejan. Flores las de mis pensamientos y palabras que os habrían servido de animado escabel para que sobre ellas reinasen la rosa vivísima de vuestro rostro, la vara de nardo de vuestro cuerpo y la pura azucena de vuestra alma.

Sabía que si tal conseguía lograba cumplir el mandato que se me confió al nombrármeme Mantenedor, y que al mantener y proclamar vues-

tra realaleza defendía la de Sevilla de la que como mujer sevillana sois cifra y compendio. Mas no me duele el fracaso, pues ya tengo algo más que ofrecer a mi Sevilla y a Vos: mi amor propio vencido que es "el mayor vencimiento que imaginarse puede", según afirmó Sancho Panza, el fiel escudero de mi señor Don Quijote. Y ya que mis primeras palabras fueron de éste, pues nada mejor que las redentoras palabras del Caballero del Ideal para una fiesta de Amor y de Poesía, sean también ecos de las tuyas siempre inmortales, las que cierren tan solemnísimos actos.

Cuando Don Quijote de la Mancha fué físicamente vencido, que no en lo espiritual, frente a la embriagadora belleza del Mar Mediterráneo (de cuyas orillas acabo de llegar) gritó con voz sobrehumana—así lo quiso anotar el gran Miguel de Cervantes Saavedra—al Caballero de la Blanca Luna, su victorioso antagonista: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza y quitame la vida, pues me has quitado la honra".

Caballeros sevillanos: apretad las armas de vuestras censuras contra mí o de vuestra imparcial crítica y quitadme la honra y dicha de haber sabido salir victorioso en este torneo, pero "no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad": Sevilla, Sevilla, Sevilla, es la más singular ciudad del orbe entero y, por ende, la más hermosa del mundo; como son las más bellas sus mujeres de las que esta dulce majestad es Reina y Señora.

¡Por siempre viva y triunfe la ciudad-mujer, la excelsa y graciosa Sevilla!